

1851, diez y ocho días después del golpe de Estado, Bonaparte metió la mano en la conciencia de cada uno y le robó el voto.

Otros roban el pañuelo; él roba el imperio.

Todos los días vemos que por robos del primer género la policía coge por el pescuezo á un hombre y le mete en la cárcel.

Sin embargo, entendámonos.

¿Queremos decir con esto que nadie ha, realmente, votado por Bonaparte? ¿que nadie ha, voluntariamente, dicho que sí? ¿que nadie ha, libre y conscientemente, aceptado á tal hombre?

No abrigamos semejante pretension.

Bonaparte tuvo en su favor toda la turba de funcionarios; el millon y doscientos mil parásitos del presupuesto y sus entrantes y salientes; los corrompidos, los comprometidos y los hábiles, y además los estúpidos, masa numerosa.

Tuvo en su favor á los cardenales, obispos, canónigos, curas, vicarios, arcedianos, diáconos y subdiáconos; á los prebendados, fabriqueros, sacristanes, bedeles, porteros de parroquia y á los hombres "religiosos", como se les llama.

Convenimos sin dificultad en que M. Bonaparte tuvo en su favor á todos los obispos que se suscriben á Veuillot y Montalembert, y á todos los hombres religiosos, raza preciosa, antigua, pero corregida y aumentada desde los terrores que se apoderaron de ellos en 1848, y los cuales ruegan á Dios en estos términos:

"¡Oh Dios mio, haced que suban las acciones de Lyon! ¡Dulcísimo Jesús Nuestro Señor, hacedme ganar el veinticinco por ciento en los bonos Nápoles-Rothschild! ¡Santos Apóstoles, vended mis vinos! ¡Bienaventurados Mártires, doblad mis alquileres! ¡Santa María, Madre de Dios, Virgen inmaculada, estrella del mar, huerto cerrado, *hortus conclusus*, dignaos dirigir una mirada favorable á mi casa de comercio, situada en la esquina de la calle de Tirechappe y de la calle de Quincampoix! ¡Torre de marfil, haced que la tienda de enfrente vaya mal!"

Votaron real é incontestablemente por M. Bonaparte hombres de tres categorías: primera categoría, el empleado; segunda categoría, el necio; tercera categoría, el volteriano-proprietario-industrial religioso.

Hay que confesar que la inteligencia humana, y el intelecto propietario en

particular, tienen singulares enigmas.

Nosotros lo sabemos y no tenemos ningún interés en ocultarlo; desde el tendero hasta el banquero, desde el humilde comerciante hasta el bolsista, existe en Francia gran número de comerciantes y de industriales; es decir, gran número de hombres que saben lo que vale una confianza bien fundada, un depósito bien guardado, una llave puesta en manos seguras, y que votaron después del 2 de Diciembre por M. Bonaparte.

Consumada la votación, si os hubierais acercado á uno de esos hombres de negocio, á cualesquiera, al primero que hubierais visto, hubierais podido entablar con él este diálogo:

—¿Habeis nombrado presidente de la República á Luis Bonaparte?

—Sí.

—¿Pero le hubierais tomado por cajero vuestro?

—Eso no.

v.

Tal fué aquel escrutinio (repetámoslo, insistamos en ello. *Repito cien veces las mismas cosas*, dice Isaías, *para que las entiendan una vez*); tal fué aquel escrutinio; tal aquel plebiscito; tal aquella votación, aquel decreto soberano del "Suffragio universal", á cuya sombra se abrigan y del cual forman un título de autoridad y un diploma de gobierno esos hombres que tienen en su poder hoy á la Francia, que la gobiernan, que la dominan, que la administran, la juzgan, la rigen con las manos metidas en el oro hasta los codos y los piés en la sangre hasta las rodillas.

Mientras, y para terminar, hagamos una concesión á M. Bonaparte. Fuera sutilezas.

Su escrutinio del 20 de Diciembre ha sido libre, ha sido discutido. Todos los periódicos expresaron lo que les plugo; quién ha dicho lo contrario? los calumniadores.

Se celebraron reuniones electorales; las paredes se cubrieron de anuncios; los transeúntes de París barrieron con los piés, en los boulevares y en las calles, una nevada de papeletas blancas, azules, amarillas, rojas; habló quien quiso; escribió quien quiso; la cifra es verídica, pues no es Baroche quien contó, sino Barême; Luis Blanc, Guinard, Félix Pyat, Raspail, Caussidière, Thoré, Ledru-Rollin, Etienne Arago, Albert, Barbés, Blanqui y Gent fueron escrutadores; son estos mismos los que proclamaron

los siete millones quinientos mil votos.

Bien, os concedemos todo eso. ¿Pero qué deduce de esto el golpe de Estado?

¿Qué deduce? Pues se frota las manos, no pide nada más; eso le basta, y deduce que está bien, que todo está justificado, que todo está concluido, que no hay nada más que decir, que queda "ab-suelto".

Alto ahí!

La votación libre, la cifra verídica solo es la parte material de la cuestión; pero queda la parte moral.

—¿Cómo! tiene un lado moral?

—Sí, príncipe, y precisamente el lado verdadero; el principal de la cuestión del 2 de Diciembre.

Vamos á examinarlo.

VI.

Antes de entrar en materia, señor Bonaparte, es menester que sepais lo que es la conciencia humana.

Hay dos cosas en este mundo (no olvidéis esta novedad) que se llaman el bien y el mal, cosas que es necesario que os las revelen; mentir no es obrar bien, engañar traidoramente es obrar mal y asesinar es infame, y por más que esto último os parezca útil, está prohibido.

Por quién? preguntará, Bonaparte, acaso.

Ya os lo explicaremos más tarde; ahora prosigamos.

El hombre (fijaos también en esta particularidad) es un sér pensador, libre en este mundo y responsable en el otro, y, cosa extraña y que os sorprenderá; este sér no ha sido creado únicamente para gozar, para satisfacer todos sus caprichos, para moverse á compás de sus apetitos, para aplastar cuanto encuentra á su paso, ya sea un tallo de yerba, ya un juramento; para devorar cuando tenga hambre cuanto se le presente. La vida no es su presa.

Por ejemplo: para pasar en un año de cero á un millon doscientos mil francos, no está facultado á prestar un juramento que tiene intención de no cumplir, y para pasar de un millon quinientos mil francos á doce millones, tampoco está facultado á destruir la Constitución y las leyes de su país, á lanzarse traidoramente contra una Asamblea soberana, ametrallar á París, deportar diez mil personas y proscribir cuarenta mil.

Continúo haciéndote penetrar en este singular misterio.

Efectivamente, es muy agradable hacer vestir medias de seda blanca á nues-

tros lacayos; pero para llegar á este gran resultado, nadie tiene permiso para suprimir la gloria y el pensamiento de un pueblo, como tampoco para destruir la tribuna central del mundo civilizado, ni entorpecer el progreso del género humano, ni derramar arroyos de sangre. Todo esto está prohibido.

Por qué? volverá á preguntarme el que cree que nadie puede prohibirle nada.

Paciencia. Todo lo sabreis á su tiempo.

—No, señor! me contestais rebelándoos contra mí; cuando están por nosotros, por una parte el propio interés, la ambición, la fortuna y el placer, teniendo hermoso palacio que conservar en el arrabal Saint-Honoré, y están contra nosotros por la otra parte los gritos y las jeremiadas de las mujeres á las que se roba á sus hijos; de las familias á las cuales se les arranca el padre; de hijos á los cuales se les quita el pan; del pueblo al cual se le confisca la libertad; de la sociedad á la cual se deja sin el punto de apoyo que son las leyes; cuando están por una parte luchando las quejas y los lamentos y por la otra parte el propio interés, ¿no será permitido despreciar esos alborotos, dejar "vociferar", á todas esas gentes, destruir los obstáculos y llegar, cueste lo que cueste, adonde está la fortuna, el placer y el hermoso palacio del arrabal de Saint-Honoré? Esto es lo más sensato.

—Pues eso está prohibido, señor Bonaparte.

—¿Había yo de preocuparme de haber dicho años atrás en un día de Diciembre que hacía mucho frío, que llovía y que tenía necesidad de dejar un cuarto de la fonda para alojarme mejor, no sé á propósito de qué, en un salón mal alumbrado y ante ochocientos ó novecientos imbéciles que creyeron en estas seis letras: Lo juro? Pues qué! Cuando se medita "un gran acto", ¿debe pasarse el tiempo preguntándose lo que podrá resultar del partido que se toma, atormentarse por lo que se ha de consumir en las casamatas, de lo que se ha de pudrir en los pontones, de si éste ha de morir en Cayena, aquel á bayonetazos, el otro aplastado por los adoquines, algunos fusilados, algunos otros arruinados, muchísimos desterrados, y de que todos esos hombres á quienes se arruina, se destierra, se fusila, se mata ó revientan en Africa, son honrados ciudadanos que cumplan con su deber? ¿Habían de detenerme semejantes bagatelas? Abriéndome ambiciosos deseos,



careciendo de dinero, siendo príncipe, os pone la casualidad el poder en las manos, os acostumbráis á mandar, autorizais loterías, haceis exponer lingotes de oro en el Pasaje Jouffroy, haceis abrir á todo el mundo los bolsillos, tomáis lo que podeis, dais á los amigos, á los compañeros fieles, á los que se debe gratitud, y cuando llega el momento en que la indiscrecion pública se mete en el negocio, en que la infame libertad de la prensa quiere penetrar el misterio y la justicia se cree que todo la compete, ¿deberia marcharme del Elíseo, dejar el poder y colocarme estúpidamente entre dos gendarmes, sentándome en el banco de la sexta Cámara? No soy tan bobo ni tan papanatas. Es mucho más sencillo sentarme en el trono imperial; es mucho más fácil destruir la libertad de imprenta; es mucho más sencillo aniquilar la justicia; es mucho más fácil poner los jueces á nuestras órdenes; además, ellos lo desean y están dispuestos á obedecer. Puedo permitírmelo, pues.

—No, monseñor, que eso está prohibido.

—Quién se opone á ello? ¿Quién es el que no lo permite? ¿Quién es el que lo prohíbe?

—Monseñor Bonaparte, tú eres el señor; tienes ocho millones de votos para tus crímenes y doce millones de francos para tus pequeños placeres; tienes un Senado, y á M. Sibour en él; tienes ejércitos, cañones, fortalezas, Troplongs que te hacen genuflexiones y Baroches que te hablan á gatas; eres déspota, todopoderoso; pero alguien perdido en la oscuridad, cualesquiera transeunte, un desconocido, se levanta ante tí y te dice: "Tú no harás eso."

Ese alguien, esa boca abierta que habla en la sombra, que no vé, pero que se oye; ese transeunte, ese desconocido, ese insolente, es la conciencia humana.

Ya sabes lo que es la conciencia humana.

Ese alguien que no se vé y que es más fuerte que un ejército, mucho más numeroso que siete millones quinientos mil votos, más alto que un Senado, más religioso que un arzobispo, más juriconsulto que Troplong, más pronto en declarar cualquier acto de justicia que Baroche, es el que tiene el atrevimiento de tutear á vuestra majestad.

## VII.

Debeis saber tambien lo siguiente, monseñor Bonaparte:

Lo que distingue al hombre del bruto es la nocion del bien y del mal, de ese bien y de ese mal de que os hablaba hace poco.

El animal es un sér completo. Lo que constituye la grandeza del hombre es el sér incompleto; es el sentir por infinidad de puntos fuera del infinito; es percibir algo más allá de su existencia. Este más allá, fuera del hombre, es el misterio; es, valiéndome de las pobres expresiones humanas, que son siempre sucesivas y que solo expresan una parte de las cosas, el mundo moral. En este mundo moral es en donde el hombre flota más todavía que en el mundo material; vive más en lo que siente que en lo que vé. Por más que la creacion le rodee, que el deseo le asalte, que el placer le tiente y que lo que hay en él de animal le atormente, aspiracion perpétua á tal ó cual region le arrastra irresistiblemente fuera de la creacion, fuera del deseo, fuera del placer, fuera de la brutalidad; vislumbrando siempre, por todas partes, á cada instante, el mundo superior, de cuya vision llena su alma y por cuya vision regula sus acciones.

Por lo mismo no se siente su finalidad en esta vida de acá abajo. Lleva dentro de sí un ejemplar misterioso del mundo anterior y ulterior, del mundo perfecto, con el cual compara, y quizás pesarlo, el mundo imperfecto, comparándolo tambien consigo mismo con sus enfermedades, sus apetitos, sus pasiones y sus actos.

Cuando reconoce que se acerca á ese mundo ideal, llénase de gozo, así como se pone triste cuando conoce que se aparta de él. Comprende perfectamente que nada hay inútil y fuera de su sitio en ese mundo; nada que no emane de una cosa y que no conduzca á alguna otra. Lo justo, lo injusto, lo bueno, lo malo, las buenas obras, las malas acciones, caen en el abismo, pero no se pierden, se dirigen al infinito para servir de perjuicio ó de beneficio á los que las practican.

Después de la muerte se encuentran y se añaden al total. Perderse, desvanecerse, aniquilarse, es imposible para el átomo moral como para el átomo material.

Por eso existe en el hombre el doble y magnífico sentimiento de su libertad y de su responsabilidad. Puede ser bueno ó ser malo; esta cuenta es suya y la tiene que saldar. Puede ser culpable, pero poder serlo demuestra su grandeza.

Nada semejante sucede con el bruto.

Para éste no hay más que instinto. Bebe cuando tiene sed; come cuando tiene apetito; procrea cuando llega la estación; duerme cuando el sol se oculta; despierta cuando el sol nace, ó hace lo contrario si es animal nocturno. El animal no tiene más que una especie de Yo oscuro que no ilumina luz alguna moral. Toda su ley, lo repito, es el instinto.

El instinto, especie de rail al que la naturaleza fatal arrastra al bruto, carece de libertad, y por consiguiente de responsabilidad y de otra vida.

El bruto no obra ni bien ni mal; ignora. El tigre es inocente.

Sereis, acaso, inocente como el tigre?

En ciertos momentos, en los que nos sentimos inclinados á creer que no teniendo más conciencia moral que el tigre, no teneis más responsabilidad que él.

Verdaderamente hay ocasiones en que os compadezco. Quién sabe! Quizá no sois más que una ciega fuerza fatal...

Careceis, monseñor Luis Bonaparte, de la nocion del bien y del mal, siendo quizás el único hombre de la humanidad que carezca de dicha nocion. Por eso te colocas al frente del género humano y eres temible; eso es, segun dicen, lo que constituye tu génio; convengo en que eso es lo que en la actualidad constituye tu poderío.

Pero, ¿sabes lo que surge de ese género de poderío? El hecho, pero no el derecho.

El crimen, tratando de disfrazar á la Historia su verdadero nombre, le dice:

—Yo soy el éxito.

—Tú eres el crimen! contéstale la Historia.

Estás coronado y disfrazado. ¡Abajo la máscara! abajo la corona!

Ah, en vano te esfuerzas! Pierdes el trabajo que te tomas, pierdes tus llamamientos al pueblo, tus plebiscitos, tus escrutinios, tus papeletas, tus sumas, tus comisiones ejecutivas proclamando el total, tus banderolas encarnadas ó verdes con esta cifra de papel dorado: 7.500.000; todo, en fin, cuanto has puesto en escena. Hay casos en que no se puede hacer que crea la conciencia universal lo que deseamos hacerla creer; el género humano, considerado en globo, es verdaderamente honrado.

Hasta los que te rodean os juzgan interiormente, porque hasta los malvados tienen conciencia. No hay ninguno entre vuestros servidores que no se diga á sí mismo en voz baja lo que yo me atrevo á decir en alta voz; la única diferen-

TOMO III.

cia que existe entre ellos y yo es que yo lo proclamo y ellos lo dicen entre dientes. Se inclinarán ante vos, porque sois poderoso, pero os saludan con la vergüenza en la cara ó en la conciencia. Sienten su envilecimiento, pero conocen vuestra infamia.

Ya que estais resuelto á dar caza á los que llamais "los revoltosos de Diciembre"; ya que contra ellos sueltas tus jaurias, puesto que habeis instituido un Maupas y creado un ministerio de policia á propósito para el objeto, voy á denunciaros un rebelde, un refractario, un insurrecto, la conciencia de cada uno.

El dinero que dais lo recibe la mano, pero no la conciencia.

La conciencia! Inscribidla ahora que podeis en sus listas de destierro, porque es una antagonista obstinada, porfiada, tenaz, inflexible, que lleva el desorden á todas partes. Arrójala de Francia y de ese modo estareis tranquilo: solo así.

¿Quereis saber cómo se os trata hasta entre vuestros amigos? ¿Quereis saber en qué términos un respetable caballero de San Luis, de ochenta años, gran adversario de los "demagogos," y partidario vuestro, votaba por vuestra causa el 2 de Diciembre?

—"Es un miserable, decia, pero un miserable necesario."

No! No hay miserables necesarios! El crimen jamás es útil, el crimen siempre es nocivo.

La traicion no puede salvar á la sociedad; semejante blasfemia solo deben proclamarla los arzobispos.

Nada bueno tiene por base el mal. Dios es justo y no impone á la humanidad la condicion de necesitar á los miserables.

Solo es necesario en el mundo la justicia y la verdad.

Si aquel anciano hubiese reflexionado menos en la vida y más sobre la tumba, hubiera visto todo eso.

Decir lo que acabamos de citar es sorprendente en un anciano, porque siempre un destello de Dios suele iluminar almas próximas al sepulcro y enseñarlas la verdad.

Jamás el derecho y el crimen pueden reunirse. El dia en que se reuniesen, las palabras de la lengua humana cambiarían de sentido, se desvanecería toda certidumbre y sobrevendría la oscuridad social.

Cuando por casualidad (esto se ha visto alguna vez en la historia) llega



un momento en que el crimen tiene fuerza de ley, hay algo que se extremece en los cimientos mismos de la humanidad. *Jusque datum sceleri*, exclama Lucano, y este verso atraviesa la historia como un grito de horror.

Por lo tanto, y segun confiesan los mismos que os han votado, sois un miserable; yo suprimo lo necesario. Tal es vuestra situacion.

—Bien, y qué? preguntareis.

—Que en eso precisamente estriba la cuestion, que no os pudo "absolver," el sufragio universal.

—Imposible! Eso es imposible.

—Pues os lo voy á probar.

#### VIII.

Supongamos que sois capitán de artillería en Berna, que poseeis, naturalmente, nociones de Algebra y Geometría.

Pues voy á presentaros tres axiomas, de los que tendreis probablemente alguna idea:

—2 y 2 son 4.

—Entre dos puntos dados, la línea recta es el camino más corto.

—La parte es menor que el todo.

Sabido esto, proponeos que declaren siete millones quinientos mil votos que 2 y 2 son 5; que la línea recta es el camino más largo, y que el todo es menor que la parte; que lo declaren ocho millones, diez millones, cien millones de votos, siempre será falso.

Ahora bien (y esto os vá á sorprender); hay axiomas de probidad, de honradez y de justicia, como los hay en Geometría; y la verdad moral no está á merced de una votacion, como no lo está la verdad algebraica.

La nocion del bien y del mal es insoluble por el sufragio universal. No le es dado á un escrutinio hacer que lo falso sea verdadero y que lo injusto sea justo. No se pone á votacion la conciencia humana.

Lo comprendeis ahora?

Observad aquella lámpara, aquella diminuta luz oscura y olvidada en un rincón, perdida en la oscuridad. Miradla, admiradla; apenas es visible; arde solitariamente. Manda que la soplen siete millones quinientas mil bocas á la vez; no lograrán apagarla, ni siquiera hacer oscilar la llama: si la soplase el huracán, sucedería lo mismo; la llama continuará subiendo recta y pura hácia el cielo.

Aquella lámpara es la conciencia; su llama es la que alumbrá en la noche del

destierro el papel en que escribo en estos instantes.

#### IX.

Así, pues, cualesquiera que sean las susodichas cifras, inventadas ó no, imparciales ó no, verdaderas ó falsas, poco importa; los que siguen el norte de la justicia dicen y dirán siempre que el crimen es crimen, que el perjurio es perjurio, que la traicion es traicion, que el homicidio es homicidio, que la sangre es sangre, que el lodo es lodo, que un malvado es un malvado, y que el que pretendia copiar en pequeño á Napoleon, copió en grande á Lacenaire.

Dicen, y lo repetirán eternamente, que siete millones quinientos mil votos no pesan nada en la conciencia del hombre honrado; que diez millones, cien millones de votos, la unanimidad misma del género humano votando en masa, no tiene importancia ante ese átomo, ante esa partícula de Dios, ante el alma del justo; que el sufragio universal, que es soberano en las cuestiones políticas, no tiene jurisdiccion sobre las cuestiones morales, y por eso no absuelve á Luis Napoleon.

Prescindo ahora de vuestro proceder en el escrutinio, de las vendas que tapan los ojos, de las mordazas con que cerraron las bocas, de los cañones asesiados en las plazas públicas, de los sables desenvainados, de los espías pululando por todas partes, del silencio y el terror que llevaron al votante á la urna como al malhechor á la cárcel; prescindo de todo eso y supongo el sufragio universal libre, verdadero, puro, real, el sufragio universal soberano de sí mismo como debe ser; supongo los periódicos corriendo de mano en mano, los anuncios cubriendo las paredes, la palabra por todas partes y por todas partes la luz, y digo: Someted á ese sufragio universal la paz y la guerra, el efectivo del ejército, el crédito, el presupuesto, el servicio público, la pena de muerte, la inamovilidad de los jueces, la indisolubilidad del matrimonio, el divorcio, el estado civil y político de la mujer, la enseñanza gratuita, la constitucion del municipio, los derechos del trabajo, el salario del clero, el libre cambio, los caminos de hierro, la circulacion, la colonizacion, el fisco, todos los problemas cuya solucion no puede renunciarse, porque el sufragio universal lo puede todo menos abdicar; sometedle los indicados problemas, que él los resolverá, quizás equivocadamente, pero con

toda la suma de certidumbre que encierra la soberanía humana y magistralmente. Pero en cambio, obligadle á decidir si Pedro ó Juan ha hecho bien ó mal en robar una manzana de un huerto. Ahí se pára y no sabe decidir. ¿Por qué? ¿Acaso porque es más baja esa cuestion? No, sino porque es más alta.

Todo cuanto constituye la organizacion propia de las sociedades, considerándolas como territorio y como municipio, como estado ó como pátria; toda materia política, financiera y social, depende del sufragio universal y le obedece; el más pequeño átomo de la menor cuestion moral le hace titubear.

El bajel está á merced del Océano; la estrella no.

Se ha dicho de M. Leverrier lo mismo que de monseñor Bonaparte, que érais los dos únicos hombres que tenían completa fé en su estrella.

Y en efecto, creéis en vuestra estrella y la buscáis encima de vosotros; pero esa estrella la tienen los demás hombres dentro de sí mismos; irradia bajo la cavidad de sus cráneos, los ilumina y los guía; les hace ver los verdaderos contornos de la vida; les señala en la oscuridad del humano destino del bien y el mal lo justo y lo injusto, lo real y lo falso, la ignominia y el honor, la rectitud y la felonía, la virtud y el crimen. Esa estrella, sin la cual el alma humana es una noche tenebrosa, es la verdadera moral.

Pero como os falta esa luz, os engañásteis.

El escrutinio del 20 de Diciembre solo es, para el hombre pensador, una candidez monstruosa.

Aplicásteis lo que llamais el "sufragio universal," á una cuestion que no lo admite.

No sois un hombre político, sino un malhechor.

El bandido de los Abruzzos, con las manos apenas lavadas y teniendo todavía sangre en las uñas, vá á pedir la absolucion al sacerdote: vos la pedisteis á la votacion, y diciendo á la votacion: Absuélveme!, le apuntábais en la sien con la pistola.

Absolveros está fuera del poder popular, es superior al poder humano.

Neron, que habia inventado la sociedad del 10 de Diciembre y que, como tú, la empleaba en aplaudir sus comedias, como vos vuestras tragedias; Neron, que despues de haber destrozado á puñaladas el vientre de su madre, ha-

bria podido tambien convocar el "sufragio universal," propio y hasta parecido al vuestro; Neron, que era pontífice y emperador, y le rodeaban jueces y sacerdotes prosternados ante él, hubiera podido poner una mano sangrienta sobre el cadáver palpitante de la emperatriz y levantar la otra al cielo, tomando al Olimpo todo por testigo de que no habia vertido aquella sangre, y obligar al "sufragio universal," á que declarase ante los dioses y los hombres que él, Neron, no habia asesinado á su madre; Neron, pues, cuyo "sufragio universal," funcionaba poco más ó menos como el vuestro, y que hubiera podido, por lo mismo, afirmar con siete millones quinientos mil votos que el divino César Neron, pontífice y emperador, no habia hecho mal alguno á aquella mujer que estaba muerta, Neron no habria sido "absuelto," hubiera bastado que una voz, una sola voz en la tierra, la más humilde y la más oscura, se elevara en medio de aquella noche profunda del imperio romano y gritara en las tinieblas:—Neron es un parricida!, para que el eco, el eterno eco de la conciencia humana, repitiese por toda una eternidad, de pueblo en pueblo y de siglo en siglo:—Neron mató á su madre!

Ahora bien; esa voz que protesta en la oscuridad es la mia, y no dudes que conmigo la conciencia universal de la humanidad repite este clamor:—¡Luis Bonaparte asesinó la Francia! ¡Luis Bonaparte mató á su madre!

## LIBRO SÉPTIMO

### La absolucion.

#### I.

A juramento, juramento y medio.

¿Qué es Luis Bonaparte?

Es el perjurio vivo, la restriccion mental encarnada, la felonía con carne y hueso, el falso juramento calándose un sombrero de general y haciéndose llamar monseñor.

Bien! Y ¿qué es lo que ese hombre pide á la Francia?

Un juramento!

En verdad que despues del 20 de Diciembre de 1848 y de la jornada del 2 de Diciembre de 1851, despues de los des-